
La búsqueda compulsiva del significado y el riesgo de proyección: paranoia y psicoanálisis

Prof. Daniel Ramos Queiroz †

Resumen

El siguiente artículo es un análisis de las categorías de proyección y transferencia en Freud, a partir de su análisis del libro *Memoirs of my nervous illness* de Daniel P. Schreber. Se investiga si en el caso de Freud, su análisis del libro de Schreber es una manera de analizar su propia paranoia, producto de una homosexualidad latente. En consecuencia, el objetivo de este artículo es dilucidar si la "dimensión transferencial" del análisis de Freud sobre Schreber tiene el carácter de una proyección o no.

Palabras claves: Transferencia, proyección, paranoia, homosexualidad latente.

The Compulsive Quest for Meaning despite the Risk of Projection: Paranoia and Psychoanalysis

Prof. Daniel Ramos Queiroz †

Abstract

The goal of this article is to analyze the categories of projection and transference in Freud, using his analysis of the book 'Memoires of my nervous illness' by Daniel P. Schreber. The author's question is if, in the case of Freud, his analysis of Schreber's book is a way to analyze his own paranoia, as a product of a latent homosexuality. Therefore, the objective of this article is to clear if the "transferential dimension" of Freud's analysis of Schreber's book has the character of a projection or not.

Key words: Transference, projection, paranoia, latent homosexuality.

Proemio in memoriam: Y se fue en la noche iluminada

Prof. Carlos Padrón

Una de las muchas cosas que nos revela la muerte, es el límite del humano sentido. Los griegos antiguos decían que un joven en la plenitud de su vida moría porque era un elegido o favorito de los dioses. Sólo un sentido divino podía hacerles comprender un suceso tan absurdo como ése, puesto que, como decía un profesor que ya partió, a diferencia de los viejos que natural o humanamente deben morir, los jóvenes pueden hacerlo. Y esa posibilidad nos parece tan remota como el hecho de que, como pensaba el paranoico Dr. Schroeber, 'pequeños hombres' casi imperceptibles estén realizando, todos los días, pequeños milagros a nuestro alrededor.

Desde Sócrates varios han dicho que la filosofía no es nada más que una preparación para la muerte. Se me antoja que esta afirmación puede ser leída como recordándonos que la filosofía en el fondo nos prepara, o debería preparar, para lidiar con los límites de nuestra humana comprensión. A veces me pregunto si la filosofía logró prepararme para la partida definitiva de Daniel.

Entre los amigos entrañables, fui yo uno de los primeros en conocer de su muerte, y por tanto me tocó también a mí, en buena medida, comunicar su desaparición a los amigos cercanos. Y cada llamada era como una repetición del golpe de la primera noticia, pero una repetición que me sirvió para convencerme de que un amigo (un hermano) tan joven y entrañable nos había abandonado para siempre. José Lezama todavía espera una llamada imposible de Daniel donde le diga que está muerto; pero José tiene un gusto especial por las paradojas de la literatura fantástica. Estos días lo vengo recordando con tenacidad; como si sintiera su influjo, como si me mandara señales veladas que debo interpretar para hacer algo que me indica hacer; quizá algo que dejó inconcluso. Seguimos viviendo la vida de los muertos, y estos inevitablemente nos hablan más allá o más acá de la muerte.

En este artículo que se presenta como un homenaje al amigo, es como si Daniel me siguiera hablando; como si continuara conmigo

una conversación interrumpida por el llamado de los dioses a uno de sus favoritos. Y reconozco allí, tanto en el texto visible como en el invisible que sólo logramos leer quienes tuvimos la suerte y la gracia de compartir fragmentos de la vida de Daniel, tantas inquietudes mutuas, tantos temas de innumerables, entrañables y acaloradas conversaciones en cualquier lugar donde esas preguntas esenciales de las que hablaba Cioran nos royese el espíritu; a esas preguntas Daniel, a diferencia de muchos profesores de filosofía que conozco, siempre les dio la bienvenida con todo el dolor y el placer que suponían, porque ellas constituían su vida y no formaban parte simplemente de un inventario de "temas filosóficos interesantes" de los que inteligentemente los filósofos deben hablar. Porque para Daniel la filosofía era una forma de vida, por eso nunca lo escuché hablar de un tema filosófico que no naciera de un profundo y real malestar, de una auténtica inquietud o de una punzante necesidad. Decía Diego Rivero que los problemas sobre arte se arreglan a tiros; con Daniel descubrí que los problemas filosóficos, cuando nacen del alma y del corazón, a veces se arreglan a puñetazos.

Quizá por esta indisoluble conexión entre vida y filosofía que vivía Daniel, fue que le preocupó la relación entre la filosofía y el psicoanálisis. Jonathan Lear dice que el psicoanálisis es una de las formas en que la filosofía se vuelve concreta o se manifiesta en la existencia concreta. Creo que Daniel hubiera estado de acuerdo (¡espero!) con esta afirmación. De allí que estudiara con fruición la obra de Freud, intentándola ponerla en conexión con las filosofías de pensadores como Wittgenstein o Marx. Pero las inquietudes de Daniel iban mucho más allá: desde el cine de Tarkovsky, pasando por la literatura de Dostoievsky, hasta, en su último tiempo de vida, el pensamiento latinoamericano. Su curiosidad era persistente. Sin embargo, creo que lo que unía a estos apetitos diversos era la perspectiva desde la cual los estudiaba y vivía: aquello que se me antoja llamar la perspectiva del límite. Recuerdo que una noche de bares Daniel, José y yo pasamos toda la noche hablando, irónicamente, sobre lo inefable; a Daniel le preocupaba el problema del límite de lo que puede ser dicho o expresado. E igualmente le inquietaban otros límites con las correspondientes patologías que se derivan de intentar traspasarlos: los límites del lenguaje para expresar el mundo, los límites del conocimiento humano, los límites de la teoría para aprehender lo real, los límites de la ética; los límites de las explicaciones psiquiátricas, los límites de la interpretación

psicoanalítica, los límites de la normalidad psíquica, los límites de la filosofía, los límites de la vida.

Sospecho que mi amigo quizá vivió su vida en la tensa calma de los límites, con la tentación constante de querer ir más allá, pero con la conciencia trágica de lo que significa ese más allá. Pero justamente las almas que como las de Daniel están impulsadas ineludiblemente a vivir el vértigo de los límites, son las almas que eligen los dioses por ser las más bellas y nobles. La belleza es aquella parte de lo terrible que todavía podemos soportar, decía Rilke; hay seres que viven el terrible abismo de los límites para que otros puedan atisbar un tipo de rara belleza. Pero la muerte es la gran interruptora de nuestras conversaciones. Ya yo no podré conversar más con mi amigo, preguntarle tantas cosas que presiento en este artículo que es una breve prolongación de su vida. La muerte nos hace preguntarnos si conocimos realmente a una persona, si las historias que nos contó fueron suficientes, si su vida no tuvo tramas sibilinas o furtivas que jamás nadie conoció. Por eso quisiera revertir el tiempo, como si en el instante justo antes de morir mi amigo hubiese podido hacerme entender todo o casi todo sobre su vida y su muerte. Pero escucho la voz de Daniel en mí alertándome: "La conciencia de la finitud nos muestra una comprensión de lo que es lo real, en tanto que es lo que no puede ser completamente aprehendido...". Quizá haya sido su última y más importante enseñanza a nosotros sus amigos.

Y entonces lo veo partir susurrando para sí el poema de Kavafis que tanto disfrutaba recitar de memoria -quizá como una premonición:

Me fui

Nada me ató

Me liberé de todo y me fui

A placeres que, medio soñados, medio reales rondaban en mi alma

Me fui en la noche iluminada

Y de los más fuertes vinos bebí

Como de los que beben los héroes del placer

La búsqueda compulsiva del significado y el riesgo de proyección: paranoia y psicoanálisis*

Prof. Daniel Ramos Queiroz †

Preámbulo

Sigmund Freud publicó por vez primera sus "Notas psicoanalíticas sobre el reporte autobiográfico de un caso de paranoia (Dementia Paranoides)" en 1911, cuando el autor de dicho recuento, Daniel P. Schreber, muere a la edad de 69 años. El libro, de casi 500 páginas, *Memoirs of my nervous illness*¹, que viera la luz por primera vez en 1903, ofrece una detallada narración de sus experiencias: visión de espíritus, percepción de voces, luchas en las que se debate con Dios y sus rayos, y otros sucesos milagrosos experimentados durante nueve años en instituciones mentales (1893-1902).

El resultado del análisis que Freud hace del libro de Schreber conduce a una tesis general sobre la etiología de la paranoia: ésta se halla inseparablemente ligada a la homosexualidad. Así, en un punto crucial de su "intento de interpretación" escribe lo siguiente:

Por tanto, no habrá objeciones ulteriores a la hipótesis de que la causa excitante de la enfermedad fue la aparición en él de una fantasía de deseo femenina (es decir, homosexual pasiva), la cual tomó como objeto la figura de su médico.²

Esta fantasía es intolerable para el paciente, de modo que el mecanismo de la paranoia funciona reprimiéndola en el inconsciente. Allí, este amor homosexual patogénico se transforma en odio a través

* Traducción del inglés del Prof. Wilfredo Mañá.

¹ Versión castellana: *Memorias de un enfermo nervioso*, Lohlé, Buenos Aires 1979 (N. del T.).

² *S. Freud: Three Case Histories* (P. Rieff, ed.): Touchstone, New York 1996; p. 123.

de la conversión del amado en perseguidor. Finalmente, es proyectada al "mundo exterior".³

Laplanche y Pontalis nos informan de que en sus primeros escritos sobre la paranoia, Freud consideraba este mecanismo a la luz de la distinción entre éste y el de la neurosis obsesiva. Este último consiste en una represión de la totalidad del recuerdo patogénico en el inconsciente, con lo cual se da una sustitución de dicho recuerdo por un "síntoma defensivo primario", concretamente, desconfianza hacia sí mismo. Para Freud, el mecanismo de la paranoia era estructuralmente similar, salvo que el recuerdo patogénico no era reprimido en el inconsciente sino en el mundo exterior. El síntoma no era entonces auto-desconfianza, sino desconfianza en los demás. Las ilusiones eran para Freud, en este punto de su trabajo, una deficiencia de la defensa primaria y un "retorno de lo reprimido" desde fuera. La función de la proyección cambia considerablemente en el caso de Schreber. Allí, trata la proyección como una "formación de síntoma",⁴ y no como una vía de represión externa. Teniendo en cuenta el rol esencial de la proyección en el modo en que Freud articula el mecanismo de la paranoia, es especialmente interesante enterarnos a través de Eric Santner de los conflictos psíquicos por los que pasaba aquél en los tiempos en que escribía su libro sobre Schreber.

Santner comienza su libro, titulado *My Own Private Germany*, haciendo referencia a "la dimensión transferencial de la producción literaria", conocida por los psicoanalistas desde hace ya tiempo. Santner describe esta dimensión como "modos en que los textos sirven a sus autores para representar o trabajar algunos de los temas que animan el asunto principal".⁵ Es un punto de vista que, como nos dice Santner, se aplica a cualquier texto: psicoanalítico, literario, psiquiátrico, filosófico, etc.

³ En esta breve descripción del mecanismo de la paranoia, seguimos el extraordinariamente claro artículo de J. Laplanche y J.B. Pontalis sobre proyección *The Language of Psychoanalysis*, New York and London: W.W. Norton and Company, 1973; pp. 349-355.

⁴ En este sentido, los mecanismos de la paranoia y la neurosis obsesiva son más similares que antes.

⁵ E.L.Santner: *My Own Private Germany: Daniel Paul Schreber's Secret History of Modernity*, Princeton University Press, Princeton; p. 19.

Prosigue revelando que existen registros de esta "dinámica transferencial" presente en lo que Freud escribe sobre Schreber. Veamos esos registros en toda su extensión:

Entre las cosas que hicieron el caso de Schreber interesante para Freud (...) aparecen sus propios conflictos defensivos con lo que terminaría considerando el asunto básico de Schreber: la homo-sexualidad. Según cartas escritas en tiempos en que componía su ensayo sobre éste, Freud se hallaba ocupado en el cierre emocional de su relación, supuestamente homosexual, con Wilhelm Fliess, quien, según parece, tendía a encontrar nuevas y turbulentas encarnaciones en otros miembros del círculo íntimo de Freud. En octubre de 1910, por ejemplo, Freud escribió a Ferenczi, quien lo había acompañado a Italia el verano anterior mientras trabajaba en el material de Schreber, que este trabajo lo había ayudado a sobreponerse en gran medida a sus propias inclinaciones homosexuales: 'desde el caso de Fliess, en cuya superación me ha visto usted ocupado recientemente, esa necesidad se ha extinguido en mí. Una parte de la carga homosexual ha sido retirada y utilizada para el crecimiento de mi propio ego. Tuve éxito allí donde el paranoico fracasó. "Varios meses después, en otra carta a Ferenczi, Freud amplía el círculo paranoico en el que se debatía: 'A Fliess -tiene usted tanta curiosidad sobre ese asunto- lo he dejado atrás... Adler es un poco Fliess redivivo, también en lo paranoico. Stekel, como un apéndice de él, lleva al menos el nombre de Wilhelm".⁶

⁶ Ibid. P.19-20. En la medida en que sigue abierta la cuestión acerca de hasta qué punto es proyectivo el tratamiento que Freud hace del texto de Schreber, no es del todo superfluo especular en torno a la posible relación entre el cambio que sufre su concepción del lugar de la proyección en el mecanismo de la paranoia y el desarrollo de la suya propia. Por una parte, si uno considera la primera opinión de Freud sobre la proyección como forma de represión externa de su propia homosexualidad, entonces el texto puede ser tomado como el soporte de la represión de Freud. La homosexualidad de Schreber no sería otra cosa que el modo en que Freud enajena la suya. El cambio en la descripción del mecanismo puede entenderse como una manera de ocultar a su conciencia su homosexualidad reprimida. Si, por otra parte, vemos su nueva concepción como estando "honestamente" (¿conscientemente?) de acuerdo con el proceso psíquico a través del cual trata su propia paranoia, entonces el caso de Freud debe leerse como una formación de síntoma.

Según Laplanche y Pontalis, esta extensión del círculo de personas que Freud identificaba con Fliess es una forma de transferencia. Estos autores insisten en preservar la distinción entre 'transferencia' y 'proyección'. Dicen, en este sentido, que "los psicoanalistas no equiparan totalmente la transferencia a la proyección"⁷, a pesar de aceptar que la proyección juega un rol en la transferencia. Así, por ejemplo, la "proyección" de la imagen de mi hermano en un amigo —donde la primera persona se identifica con la segunda—, es lo que, en rigor, se llama "transferencia". Dejando de lado el hecho de que la noción de "proyección" cubre un área extensa, Freud es consistente cuando la emplea para describir lo que uno hace al atribuir a alguien o a algo un deseo, cualidad, sentimiento, etc. que repudia o rechaza. Por tanto, este momento de rechazo o repudio es esencial a la dinámica de la proyección.

La "dimensión transferencial" del trabajo de Freud se hace particularmente evidente desde el momento en que sabemos que el análisis del libro de Schreber tiene la peculiaridad de estar basado en un texto tan accesible a Freud como a su lector. Esta accesibilidad común sugiere que Freud, con el caso de Schreber, está exponiendo al lector su propia vida psíquica de un modo que asombra por la especial sintonía que muestra con el texto del paciente. Esto es así en la medida en que el lector puede comparar sus propias empatías relativas al texto de Freud y al de Schreber sobre la base de un conocimiento común de las manifestaciones del paciente.

Esta relación con el paciente que el lector es invitado a establecer por el propio Freud⁸, está vedada en el caso de otras historias clínicas, donde el trato exclusivo con el paciente, en el contexto íntimo del consultorio, está reservado a Freud. De esta manera, la cuestión

⁷ El extraordinariamente claro artículo de J. Laplanche y J.B. Pontalis sobre proyección *The Language of Psicoanálisis*, p. 355. (Versión castellana: Laplanche Jean; Pontalis, Jean Bertrand, *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Barcelona, 1996)

⁸ Al final de su introducción al ensayo sobre el libro de Schreber, Freud escribe: "A pesar de que todos los pasajes notables sobre los que se basan mis interpretaciones serán citados textualmente en las siguientes páginas, me gustaría pedir a mis lectores que se familiarizaran con el libro haciendo de él al menos una primera lectura. (S. Freud: *Three Case Histories*, p. 85).

esencial de nuestro ensayo es simplemente la de si la "dimensión transferencial" del análisis de Freud sobre Schreber tiene el carácter de una proyección.⁹ Esta cuestión surgirá de la exposición que sigue.

Primero, intentaré trabajar sobre la relación ambivalente de Freud, de modo de disipar en el lector cualquier supuesto fantástico acerca de lo que ocurría en el consultorio del "padre del psicoanálisis". Luego, y como resultado de este intento de comprometernos con dicha ambivalencia, trataré de analizar la distinción que hace Freud entre el "psiquiatra práctico" y el psicoanalista. La discusión de estos polos científicos deberá facilitarnos alguna comprensión del modo en que podemos ubicar la proyección dentro del método de la interpretación psicoanalítica.

Dejar entrar al lector en la habitación del padre

Como ya dijimos, las "Notas psicoanalíticas sobre el reporte autobiográfico de un caso de paranoia (Dementia Paranoides)" se basan en un trato con el paciente que el mismo lector de Freud puede tener. El padre del psicoanálisis explica cómo es posible la excepcional peculiaridad del caso de Schreber en términos de la naturaleza de la paranoia.

⁹ En este sentido, en su ensayo *On Paranoia*, James Hillman sugiere, acerca de la "homosexualidad latente", que podría ser necesario un dispositivo teórico proveniente de la teoría de la paranoia para explicar dicho desorden. Escribe lo siguiente: "Lo que la exposición psicoanalítica requiere, o ha inventado, es un homoerotismo latente, inconsciente, no-fenoménico –tomado literalmente, una idea metafísica. En otras palabras, la idea de la homosexualidad latente ha sido necesaria para la teoría de la paranoia. Puede ser incluso una idea de la paranoia." (J. Hillman: *On Paranoia*, Spring Publications, Dallas 1986; p. 29). Esto es particularmente convincente, si pensamos que es bastante dudoso que Freud opinara que la paranoia está determinada mayormente por la represión civilizada del amor homosexual, en el sentido de que pudiera ser 'curada' por la aceptación, reconocimiento o actualización de la 'homosexualidad latente'. En otras palabras, la 'homosexualidad latente' debe referirse a algo completamente diferente de la homosexualidad reprimida, potencial o "de closet". El mecanismo de la paranoia funciona en una dirección muy diferente, como muestra la descripción que Freud hace del proceso de cura de Schreber.

Toda vez que los paranoicos no pueden ser forzados a superar sus resistencias internas y, puesto que en cualquier caso sólo dirán lo que escojan decir, se sigue de ello que se trata de un desorden en el cual un reporte escrito o una historia clínica impresa pueden ser sustitutos de un encuentro personal con el paciente.¹⁰

El argumento en este pasaje sugiere que lo que un paranoico diga al psicoanalista en su consultorio no será más revelador, o menos engañoso, que lo que pueda escribir en un texto. De allí que la presencia del paranoico pueda ser suplida en el análisis por sus escritos.

Sin embargo, en un breve artículo de 1915 titulado "Un caso de paranoia opuesto a la teoría psicoanalítica de la enfermedad", Freud parece volver a afirmar su posición exclusiva y privilegiada con respecto al paciente, en contraste con la de un lector, con objeto de defender esta tesis acerca de la etiología de la paranoia.

En la literatura psiquiátrica no faltan, por cierto, casos en los que el paciente se imagina perseguido por una persona del sexo opuesto. Sin embargo, una cosa es leer sobre estos casos y otra completamente diferente entrar en contacto personal con uno de ellos.¹¹

En este pasaje la intención parece ser la de desaprobare la "literatura psiquiátrica" por no tener ésta la suficiente autoridad para contradecir su tesis principal sobre las causas de los desórdenes paranoicos.

De esta manera, en el ensayo de 1915 Freud persiste en su etiología original de la paranoia, a pesar de las apariencias. Digo "a pesar de las apariencias" porque en este trabajo narra un caso en el que la primera impresión sugiere crudamente que un paciente femenino está siendo inducido por su inconsciente a no satisfacer "normalmente" sus deseos sexuales transformando a su amante masculino en un perseguidor. No obstante lo inmediato de este mero parecido, el perseguidor "original" es en realidad una anciana, quien

¹⁰ S. Freud: *Three Case Histories*, pp. 83-84. Itálicas mías.

¹¹ SE, XIV, p. 265. Itálicas mías.

despierta en la paciente el recuerdo infantil de su madre. Freud escribe:

*El perseguidor original –el agente de cuya influencia la paciente ansía escapar– es aquí de nuevo no un hombre sino una mujer [...] La fijación de la paciente con su propio sexo se opone a sus intentos de adoptar a alguien del otro sexo como objeto de amor.*¹²

La retórica sobre cómo dejarse guiar por una primera impresión del perseguidor más obvio se queda corta, desde el punto de vista psicoanalítico. Parece más bien diseñada para generar la suspicacia del lector hacia cualquier caso de la literatura que contradiga los procedimientos de Freud para explicar las causas de la paranoia.

En este sentido, no aceptará la autoridad de los casos sobre los que ha leído en los contraejemplos a la universalidad de su teoría que ofrece la literatura. Esto puede hacernos pensar que con ello socava el valor epistémico que los casos en la "literatura" tienen para el psicoanálisis, en especial el de aquellos que pueden contradecir la conexión entre homosexualidad y paranoia. La razón para ello puede ser que estos casos corresponden únicamente a la esfera de la, digamos, *literatura* (entendida como considerablemente diferente del trato directo con el paciente.) En esta línea, Freud enfatiza sus *observaciones* y las de sus amigos: "Mis propias observaciones y análisis, así como las de mis amigos, han confirmado sobradamente la relación entre paranoia y homosexualidad sin ninguna dificultad".¹³

Dado este contexto, se hace evidente una cierta tensión. Por una parte, leemos que Freud toma un "reporte impreso o historia clínica", lo que aquí llamamos simplemente "literatura", para desarrollar y ejemplificar su teoría de la paranoia. Por otra, vemos que desconfía de los ejemplos que ofrece esta misma literatura cuando tienden a invalidar la universalidad de esta misma teoría.

Ciertamente, una forma de evitar esta tensión sería decir que un texto como el de Schreber es lo bastante peculiar como para escapar

¹² SE, XIV, p. 267.

¹³ *Ibidem*.

a la categoría de "literatura". Puede hacerse la distinción de que el "reporte" de Schreber está en primera persona, en contraste con la tercera persona adoptada normalmente por un doctor que describe las manifestaciones de otro.

Pero, de nuevo, si uno sigue esta línea argumentativa, ¿qué habrá que hacer con la explícita referencia de Freud a la "historia clínica" entendida como fuente válida de conocimiento para la etiología de la paranoia? Creo que esta cuestión va de la mano con las manifestaciones de Freud acerca de su confianza en las observaciones de sus amigos. Esta expresión de confianza iría en perjuicio de tal argumento, toda vez que las observaciones de sus amigos sólo son accesibles a Freud a través del discurso de una tercera persona.

El psicoanálisis de los "psiquiatras prácticos"

Es fácil pensar entonces que los recelos de Freud hacia la literatura se dirigen al punto de vista psiquiátrico, entendido como opuesto al psicoanalítico. Su cautela con la literatura psiquiátrica es corroborada por la distinción que hace entre 'psiquiatría práctica' y psicoanálisis. Freud subraya esta oposición después de citar extensamente un pasaje de más de una página del Dr Weber, psiquiatra de Schreber en la época en que las ilusiones de éste adquirirían su "forma final". Freud escribe al respecto:

El interés que siente el psiquiatra práctico en formaciones ilusorias como las de Schreber, desaparece, en general, cuando ha determinado el carácter de los productos de la ilusión y ha estimado el grado de su influencia en el resto de la conducta del paciente: en su caso, el asombro no anuncia el nacimiento de la comprensión. El psicoanalista, a la luz de su conocimiento de la psiconeurosis, se acerca al paciente con la sospecha de que incluso estructuras mentales tan extraordinarias y tan alejadas de nuestros modos usuales de pensamiento como estas derivan sin embargo del más general y comprensible de los impulsos humanos; y se alegrará de descubrir los motivos de tal transformación, así como de la manera en que ésta ha tenido lugar.¹⁴

¹⁴ S. Freud: Three Case Histories; p. 93.

En este párrafo, Freud parece acusar al psiquiatra de querer calmar su interés en el misterio que hay detrás de ilusiones como las de Schreber. Parece espiar en el psiquiatra cierta incapacidad para reprimir la proyección de una reacción.

Esta proyección hace que el psiquiatra se conforme estableciendo meramente cuál es "el carácter de los productos de la ilusión". Interpretamos esta construcción, algo oscura, como la acción de nombrar o elegir cierto rótulo para la ilusión, como por ejemplo "psicótica". Luego de esta calificación, el psiquiatra determinará precipitadamente cuáles son los efectos de esta prematura proyección de un "carácter" sobre la conducta del paciente. La imposición de tal caracterización, irreflexiva e inapropiada, convierten al psiquiatra en un extraño y lo desplazan de ese punto entre el paciente y él en el que la normalidad y la enfermedad se separan.

Por el contrario, y en apoyo de su doctrina, Freud dice reconocer que comparte con el paranoico sus propios impulsos humanos. En este punto, el psicoanalista no marca una diferencia entre el paciente y él, sino que comprende la estructura mental de aquél como una forma particular de sus propios impulsos. Persigue las causas de esta fascinante transformación de su propia humanidad, de esta mente extraordinaria, que siempre podría haber sido la suya.

Este método de investigación permite al psicoanalista profundizar la investigación de los detalles de la ilusión y de la historia de su desarrollo más allá de una caracterización distanciada. En este sentido, la búsqueda de conocimiento en el psicoanalista, en oposición a la del psiquiatra, nace en el asombro, la fuerza que Aristóteles, en la *Metafísica* señalaba como la fuente de la teoría.

Así, la resistencia de Freud a aceptar la autoridad de la literatura psiquiátrica puede deberse más al hecho de ser 'psiquiátrica' que al hecho de ser 'literatura'. La fuente de la comprensión, en Freud y sus amigos, el asombro, tiene para él una autoridad o credibilidad que el modo psiquiátrico de conocimiento no tiene.

La autoridad que Freud reconoce en las observaciones de sus amigos y en sus propias producciones literarias deriva, al menos en parte, como ya he sugerido, del deseo de aceptar ciertos impulsos como propios de los seres humanos en general. Este deseo es confesado en la medida en que el método psicoanalítico, que aparece directa o indirectamente expuesto (es decir, teorizado) en sus textos,

exige de ellos el reconocimiento de una empatía primaria con la pasividad femenina del paciente, comprensible en tanto rasgo común entre éste y el psicoanalista.¹⁵

Lo que un psicoanalista como Freud objetifica (quiero decir, estudia como un objeto distinto de sus transferencias e identificaciones¹⁶) en la paranoia es la forma que la pasividad, compartida con el tratante, ha adquirido en el paciente. Esta forma configura la "extraordinaria estructura mental" del paciente, la cual no es necesariamente compartida por el psicoanalista, en el sentido de que la estructura mental de éste no debe ser tan extraordinaria, con objeto de poder relacionarse con aquél hasta cierto punto. Sin embargo, debe ser lo bastante extraordinaria como para poder rechazar lo puramente práctico de la solución del psiquiatra, esto es, su modo de tratar con la pasividad del paciente.

De este modo, Freud reconoce activamente que su propia pasividad necesita explicación teórica para sus causas y orígenes tanto como la de Schreber. Freud crea una historia acerca de fantasías homosexuales "latentes". Schreber supera su relación con Flechsig a través de batallas con espíritus sostenidas en un pasado remoto. Así, escribe:

Quizás fuera originalmente una batalla provocada por celos entre almas que habían abandonado la vida. Los Flechsigs y los Schrebers pertenecían, según se decía, a "la más alta nobleza del cielo"; los Schrebers tenían el título de "marqueses de Toscana y Tasmania", de acuerdo con la costumbre de las almas de adornarse con títulos sonoros por una especie de vanidad personal.¹⁷

¹⁵ Al respecto, es interesante considerar la siguiente tesis hermenéutica de Jung en relación con la naturaleza de la psicología: "Como bien se sabe, en psicología no se comprende nada que no haya experimentado uno mismo" ("Marriage as a Psychological Relationship" en *Aspects of the Feminine*, Princeton University Press, Princeton 1982; p. 52).

¹⁶ Laplanche y Pontalis, nuevamente, trazan la distinción entre proyección e identificación diciendo que la última es una proyección de aspectos de la propia personalidad en otras personas u objetos, sin la connotación peyorativa que tiene lo que normalmente llamamos "proyección".

¹⁷ *D. P. Schreber: Memoirs of my Nervous Illness*, New York Review Books, New York 2000; pp. 34-35.

Es sólo el caer en cuenta de lo inútil que resulta el intento de captar totalmente la 'realidad' teorizando sobre ella lo que hace que el sistema de Freud sobre la paranoia se halle mejor conectado a lo 'real' que el de Schreber. El descendiente de la más alta nobleza del cielo insiste en afirmar su certeza sobre la "realidad objetiva" de lo que experimenta.¹⁸ en el capítulo de sus memorias titulado "Transferencia a Sonnenstein", Schreber escribe:

Me doy cuenta de que una concepción como esta, de acuerdo con la cual hay que entender mi cuerpo sobre esta tierra como conectado a otras estrellas por medio de nervios alargados, es casi incomprensible para otra gente, considerando las enormes distancias implicadas; para mí, sin embargo, como resultado de mis experiencias a lo largo de los seis últimos años, no puede haber duda de la realidad objetiva de esta relación.¹⁹

Dos capítulos más adelante, hay otro ejemplo de esta compulsión por la cual atribuye realidad objetiva a sus propias reflexiones. Allí escribe Schreber acerca de su 'integridad corporal dañada por los milagros':

Durante mis primeros meses aquí, los milagros en mis ojos fueron realizados por "hombrecitos", muy similares a los que mencioné al describir el milagro dirigido contra mi columna vertebral. Estos "hombrecitos" fueron uno de los más notables y misteriosos fenómenos; pero no tengo dudas en absoluto acerca de la realidad objetiva de estos sucesos, en los que los vi muchas veces con el ojo de mi mente y escuché sus voces.²⁰

¹⁸ Esta insistencia aparece en lo que Schreber escribe sobre todo después de su traslado a Sonnenstein

¹⁹ Cfr. *D. P. Schreber: Memoirs of my Nervous Illness*, p. 123. *Itálicas mías.*

²⁰ *Ibid.*, p. 149. *Itálicas mías.* Curioso, mientras aún se encontraba en el asilo de Flechsig, Schreber era capaz de separar su certeza subjetiva de la realidad objetiva, esto es, era capaz de dudar de la realidad de sus experiencias, de no tomar literalmente los símbolos con los que lidiaba en ese periodo. Así, en el séptimo capítulo de su libro, titulado "Continúan las experiencias personales; manifestaciones peculiares de la enfermedad. Visiones", Schreber escribe, acerca de las visiones que tiene de Flechsig (su psiquiatra de entonces) deduciendo de ellas que el

En relación con esto, James Hillman vincula la función psicológica de duda con la prevención del literalismo lunático. Dice: "Hay una función psicológica de duda, no meramente para poner a prueba la creencia, sino para prevenir la respuesta inherente al carácter lunático del literalismo."²¹ El literalismo, si comprendo a Hillman, puede verse como el endurecimiento de los símbolos metafóricos, que se convierten en signos unívocos e irreversibles. En este sentido, el texto de Hillman muestra al lector lo borroso de la línea que separa la búsqueda del significado en el psicoanalista y en el paranoico. Sobre esto escribe: "Cada vez que abrimos un significado, hacemos una invitación a entrar en el potencial paranoico. La psicología camina por la frontera entre el significado y la paranoia."²²

De este modo, se puede decir que Freud combate su potencial paranoico aceptando las limitaciones de su teoría en la captación de lo real. Esta resignada declaración del carácter inasible de la realidad manifiesta una sabiduría no literal que, en los términos utilizados en *Totem y Tabú*, puede expresarse diciendo que la memoria nunca desplaza (¿nunca debe desplazar?) absolutamente a la percepción.²³

psiquiatra se ha suicidado. Tiene visiones de la procesión funeral de Flechsig, ve a Flechsig acompañado de un policía o conversando con su esposa, quien cree que está loco, porque se llama a sí mismo "Dios Flechsig". Al respecto, escribe Schreber: "Ahora estoy, sin embargo, casi seguro de que estas visiones no corresponden a los sucesos reales en el modo en que creí que los había percibido. Pero creo que es lícito interpretarlas como revelaciones de una opinión divina acerca de lo que debió haberle sucedido al profesor Flechsig. No obstante, puede ser que sea un hecho actual subjetivamente cierto basado en lo nítido de mi recuerdo -tanto si se me cree como si no- que por entonces yo tuviera el alma del profesor Flechsig, probablemente toda su alma, temporalmente en mi cuerpo."(p. 86).

²¹ J. Hillman: *On Paranoia*; p.42.

²² *Ibid.*, p. 34.

²³ "Cuando nosotros, como el hombre primitivo, proyectamos algo a la realidad exterior, lo que sucede es seguramente esto: estamos reconociendo la existencia de dos estados -uno en el que algo está dado directamente a los sentidos y a la conciencia (esto es, se hace *presente* a ellos), y paralelamente otro en el cual la misma cosa se encuentra *latente* pero capaz de hacerse presente. En suma, estamos reconociendo la coexistencia de percepción y memoria o, poniéndolo en términos más generales, la existencia de procesos inconscientes paralelos a los conscientes". Dos páginas antes, el mismo Freud ha hecho la conexión

Esta conciencia de la finitud exhibe la comprensión de lo real como lo que no puede ser captado por la teoría. No obstante, la concepción que Freud tiene del debate que comparte con Schreber –la común compulsión de plasmar teóricamente realidades sorprendentes– está presente por todo el texto.

Por el contrario, el psiquiatra práctico, de acuerdo con la caracterización de Freud, agota su interés en el paciente sin siquiera reconocer, a través de su método, que hubiera algo en común en la calidad de sus estructuras mentales –su origen, por ejemplo. He dicho que debería haber algo en común, porque si no fuera este el caso, el psiquiatra no sería capaz siquiera de estimar la influencia de cierta caracterización de un fenómeno conductual *sobre la conducta de los seres humanos*. Así, la observación de cualquier conducta humana presupone (aunque no se reconozca así) que el observador y el observado se encuentran sobre un terreno común. Nos resulta, entonces, inevitable la conclusión de que el punto clave de la distinción entre ‘psiquiatría práctica’ y psicoanálisis se halla en *reconocer esta comunidad* a través de un método científico.

Aquí, sin embargo, algunas cuestiones quedarán abiertas en torno a este asunto, dada la perplejidad que causa la posibilidad de que haya alguien que no se asombre ante ilusiones como las de Schreber. ¿Es que acaso un hombre como el Dr. Weber, quien encarna, a mi modo de ver, la idea del ‘psiquiatra práctico’, no se asombraba de las ilusiones de Schreber? O se trata quizás de que dispone de su asombro (tal vez reprimiéndolo) en una esfera distante de su ‘trabajo científico’, su cargo como director de una institución mental, sin que le resulte necesario reconocerlo en sus reportes?

Conclusiones

Cualquiera sea nuestra comprensión o incomprensión de lo que Weber fuera, creo que el modo en que tiene lugar un auto-reconocimiento metódico en el psicoanálisis es mediante la apertura de un espacio para la reflexión como una fuente legítima de

directa entre esta suerte de proyección de la catexis emocional a la “realidad” y Schreber. (S. Freud: *Totem and Taboo*, New York and London, W.W.Norton and Company, 1989; p.117) .

conocimiento de la estructura mental del paciente. Al partir teóricamente del asombro que le causa la naturaleza extraordinaria de la estructura mental de Schreber, Freud valida sus propias experiencias psicológicas como medio para alcanzar una comprensión científica del texto de aquél, esto es, de la estructura mental que éste exhibe.

La medida en que estas experiencias personales o autobiográficas son teóricamente válidas en el psicoanálisis se hace particularmente explícita a los lectores de Freud cuando éste comparte el objeto de su asombro (el texto de Schreber) con nosotros. Esto es así porque, aunque Freud siempre puede apelar a su experiencia psicoanalítica, compartida con algunos de sus amigos, para justificar autorizadamente el carácter no ilusorio de su sistema²⁴, el lector siempre puede comprobar esto accediendo directamente (al menos tan directamente como Freud) a los síntomas del paciente. En este sentido, el asombro que Freud causa en el lector a través de su método de auto-reconocimiento aplicado a un texto, justifica una cierta curiosidad sobre los particulares impulsos humanos que Freud, como psicoanalista, considera "los más generales y comprensibles".

De modo que, hablando en general, la validez teórica de la reflexión como medio de comprensión psicoanalítica sugiere una aproximación a la biografía en la que se enmarca dicha reflexión. Esta es probablemente una de las razones por las cuales es tan común encontrar escritos que intentan comprender el trabajo de Freud a través de los aspectos biográficos del autor. En particular, y en conexión con Schreber, esta clase de aproximación a Freud es más

²⁴ Me resisto aquí a decir 'objetivo' en lugar de 'no ilusorio', porque, como he desarrollado en mi argumento, parece que es precisamente la pretensión de 'objetividad' de Schreber lo más esencial de sus ilusiones. Creo que la afirmación de Freud acerca de la universalidad del 'mecanismo de la paranoia' puede distinguirse de una afirmación de objetividad. No obstante, no me siento capacitado ni obligado a elaborar aquí esa distinción. Puede ser interesante, de todas maneras, recordar que Freud apela al 'futuro' como juez de esta difícil cuestión sobre la 'verdad', digamos así, de sus análisis. Cfr. S. Freud: *Three Case Histories*, p. 154.

necesaria cuando la biografía en la que se inscribe el texto que está analizando puede compararse a la del lector de ese mismo texto.²⁵

Concluiré diciendo que, dado que Freud incluye en su teoría el auto-reconocimiento o afinidad²⁶ con el paciente, es inadecuado sospechar que Freud está proyectando su 'homosexualidad latente', cualquiera sea el significado de esto, en aquél. Inadecuado porque, como vimos al principio, la proyección es inseparable del rechazo y el repudio.

Epílogo: consideración última sobre la resistencia paranoica

Veamos de nuevo el siguiente texto de Freud sobre Schreber:

Toda vez que los paranoicos no pueden ser forzados a superar sus resistencias internas y, puesto que en cualquier caso sólo dirán lo que escojan decir, se sigue de ello que se trata de un desorden en el cual un reporte escrito o una historia clínica impresa pueden ser sustitutos de un encuentro personal con el paciente.²⁷

Es difícil concebir cómo la noción de resistencia puede ser afectada cuando Freud la aplica a una fuerza que él no puede mover.

Hablo en estos términos luego de haber entendido la resistencia como una metáfora tomada de la física, donde denota a una fuerza que se opone o retarda el movimiento. En este sentido, podemos hablar de una resistencia a la acción del psicoanalista, siendo esta última análoga al movimiento resistido.

²⁵ El hecho de que el análisis de Schreber sea presentado como una historia clínica requiere una distinción entre la interpretación de su libro y la interpretación de una escultura o un cuento. La elaboración de esta distinción, que se vislumbra como una inmensa tarea, no nos concierne en este ensayo.

²⁶ Este tipo de afinidad hermenéutica exige una revisión de la crítica de la compasión.

²⁷ S.Freud: Three Case Histories; pp. 83-84.

Pero 'resistencia', en este pasaje, se refiere a algo que no puede ser superado por la acción del psicoanalista. Y esta acción es precisamente lo que permite definir la naturaleza de la fuerza psíquica del paciente como confrontadora. ¿Cómo puede la fuerza psíquica del paciente ser definida como resistencia cuando en realidad no interactúa con la del psicoanalista?

La respuesta, si nos mantenemos fieles a la metáfora original, podría ser que una resistencia del paranoico que fuera a prueba de toda acción del psicoanalista resultaría una fuerza tan intensa como la del "movimiento" al que se opone, al punto de neutralizarla en la inmovilidad. Siguiendo este argumento, la intensidad neutralizadora de la 'resistencia interna' del paranoico sugiere, más que nunca, que la tal resistencia no es más que un supuesto creado por la perspectiva teórica del psicoanalista.

Digo "más que nunca" porque contrariamente a lo que ocurre con otros desórdenes, parece que el punto donde el movimiento del paranoico y del psicoanalista coinciden sólo podría determinarse desde el movimiento mismo (en contraste con el dinamismo psíquico del paranoico o el del psicoanalista).

El 'movimiento mismo' determina la coincidencia fortuita entre la selección de palabras que hace el paranoico y las palabras del psicoanalista que podrían ser consideradas (¿por el propio psicoanalista? ¿sus lectores? ¿sus amigos?) como causantes de dicha selección. En este sentido, incluso si se supone que el dinamismo psíquico del paranoico no es meramente indiferente sino que resiste la acción psicoanalítica (más allá de la neutralización), la misma naturaleza de este dinamismo propicia una interpretación solipsista. Si este solipsismo es paranoide, entonces allí tendríamos el aspecto "contagioso" del dinamismo psíquico paranoico. Si, en cambio, se trata de un camino azaroso hacia la certeza dependiente del efecto de la acción psicoanalítica, entonces será necesario tener "buen oído" para reconocer en la selección de palabras del paranoico una respuesta a las de su interlocutor.